



ALFREDO CHAVERO.



ALFREDO CHAVERO

Cómo hiciera yo para no comenzar por el principio? Con esto me devano los sesos; que como tantos principios he tenido que poner, todos me están pareciendo ya iguales, y eso que con ser mis hijos tengo de verlos graciosos; pero el público, que no tiene en ninguno de ellos ni siquiera la paternidad que confiesa el caballero de la Tenaza, de Quevedo, puede quizá encontrarlos detestables.

No faltará chusco que me diga: «en poca agua te ahogas; recuerda la historia (que historia es y no cuento) de aquel sugeto á quien el médico advirtió que la primera cucharada de cierta medicina le sabría mal, pero ya no tanto la segunda ni la tercera, y entónces con mucha gravedad el enfermo dijo á sus amigos: «si la primera me ha de saber mal, buen tonto seré en no comenzar por la se-

gunda.» Siguiendo, pues, consejo y ejemplo de tan ilustre varon, empezaré mi historia como si ya la hubiera comenzado, pues digo: Alfredo Chavero ha sido muchas veces diputado, y á decir verdad, no ha sido diputado de los del contramilagro. Para que mis lectores entiendan esto, necesito referirles otro cuento; pero éste sí trae en su apoyo sabios y profundos escritores, y está cubierto con el manto de la Santa Madre Iglesia. Allá va, que es para chuparse los dedos.

Enéas de Gaza, citado en la Biblioteca de los Santos Padres, refiere que los habitantes de Tipasa, colonia marítima de la Mauritania, distante diez y seis millas de Cesarea, se habian distinguido allá, por el año de 576, como unos ortodoxos rabiosos, burlando y eludiendo todas las disposiciones de Heunnerico, que dominando el Africa estaba entregado en cuerpo y alma á los arrianos. Ocurrióse al tirano enviar un obispo herético á Tipasa; los habitantes huyeron, y Heunnerico, que no se andaba con repulgos, les hizo prender á todos y cortarles la mano derecha y la lengua; pero ¡oh prodigio! como diria el padre Burguichani, todos, sin excepcion, siguieron hablando sin tener lengua, incluso un niño que no sabia hablar ántes de que se la arrancaran.

En todos los martirologios se cuenta tan maravilloso suceso de que hay quienes sin tener lengua sigan hablando, comparable sólo al de muchos diputados, que teniendo lengua, jamas dicen: esta boca es mía. Por eso á los de

Tipasa les llamo los del milagro, y á los de México los del contramilagro.

Chavero no es de éstos; usa la lengua que Dios le dió para hablar, y á fe que siendo diputado no se le han de *enmohecer los muelles de la palabra*, como dijo Juan Mateos. En lo que sí ha contrariado á la naturaleza es en la nariz, que si la recibió para salida, él la convierte en entrada, llenándosela todo el dia de rapé, lo cual casi es un pecado contra natura.

Chavero habla bien, es lógico, y su lenguaje es fácil y aliñado. Lo haria mejor si el timbre de la voz más le ayudara; pero buena voz y mucho rapé no puede ser, dice un refran que deberá inventarse en lo porvenir.

Vamos, pues, á estudiar á Chavero por sus dos lados flacos, es decir, por sus lados fuertes, porque es cosa curiosa que en la humanidad siempre digamos: «este es mi fuerte,» tratándose de cualquiera aficion, cuando el sentido comun traduce inmediatamente: este es su flaco; que fuerte es el lado inexpugnable, y siempre al flanco más vulnerable le llamamos el lado fuerte.

¡La arqueología y el drama! Les parecerá á ustedes título de comedia. Pues no señor, son precisamente las pasiones de nuestro amigo Alfredo Chavero.

Verdad es que arqueólogos y dramaturgos hacen mucha falta en este país, tan lleno de antigüedades y de cómicos; pero la empresa es difícil y el camino está sembrado, más que de espinas, casi de bayonetas.

Alfredo ha hecho bonitos dramas, pero dominado noblemente por el espíritu de patriotismo, ha querido poner en la escena á personajes como la reina Xochitl y Mecoztzin, y con estos personajes nadie labra en México una reputacion, porque multiplica escollos que no se pueden vencer. Nuestra sociedad, nuestro pueblo, no tiene amor á sus tradiciones. De esto quizá tengan la culpa los escritores que buscan siempre por argumento de sus leyendas personajes de la Edad Média que aman y luchan en los fantásticos castillos de los bordes del Rhin, ó damas y caballeros de los tiempos de Orgaz y de Villamediana: los novelistas que se desdennan de nombrar siquiera en sus obras las comidas, los trajes y las costumbres de nuestra sociedad; que sueñan dar un corte aristocrático á sus novelas, fingiendo en México escenas parisienses y dibujando clases sociales que han visto al través de las páginas de Arssenne Houssaye, de Emilio Zola, de Henry Bourger ó de Ponson du Terrail; y nuestros poetas que hablan siempre de ruseñores y de alondras y de gacelas y de jacintos, sin atreverse nunca á dar lugar en sus endechas ni al cuitlacoche, ni al zenzontle, ni al cacomite, ni al yoloxochitl.

Por eso un argumento mexicano, sobre todo si es de los tiempos antiguos, hace rodar el mejor drama. En Francia, la figura histórica de Clodoveo con su larga cabellera y de sus soldados con las cabezas rapadas, causa entusiasmo patriótico, y Guatimoc en la escena, en

México, no ha podido nunca sobrevivir. Una novela en que se hable de la calle de Olmedo ó del Puente de Monzon, provoca risa, y corre la triste suerte del «Capitan Rossi,» de Niceto de Zamacois, ó de las «Ironías de la Vida,» de Pantaleon Tovar.

Por eso es disculpable Luis Gonzaga Ortiz, que fecha en Sorrento, en Portici, en Nápoles ó en Venecia, poesías escritas entre los bastidores del Teatro Nacional; por eso es perdonable que algunos escritores se firmen el *Duque Job*, *Raoul* ó simplemente *Moi*, y que llenen columnas enteras con palabras francesas ó galicismos; que nadie diga ramillete sino *bouquet*, sello sino *timbre*, y gracia, gusto ó garbo sino *chic*, y que hasta Agustin Cuenca diga *reverie* y no ensueño ó delirio.

Las cosas de México, parece que les caen mal á las gentes de México; por eso Alfredo Chavero ha encontrado tantas dificultades y ha podido apenas salvar del naufragio á Quetzalcoatl y á la reina Xochitl. Ha querido mexicanizar la escena en México, y su gran mérito no está sólo en eso, sino en que no se desalienta, y ya lo veis, puede decir como Lope de Vega,

«Que más de ciento en horas veinticuatro
Pasaron de sus manos al teatro.»

En arqueología Chavero es terrible; ese calendario mexicano le ha sacado, como decian nuestros padres, *canas verdes*; un bajo-relieve de la piedra de los sacrificios

le arranca de sus casillas, y es capaz de estarle contemplándolo tres horas, en las cuales se mete á la nariz veinte onzas de «Perrique» y cuatro libras de «Civette.»

Como los árabes tienen su egira, los cristianos su era y los rusos su calendario sin la correccion gregoriana. Chaverito tiene su era y su cronología particular. Nada le importan la edad eolítica ni la neolítica, ni el período jurásico ni el cretáceo; él cuenta y divide sus períodos de una manera peculiar y accesible para nosotros los profanos en las ciencias geológica, arqueológica y paleontológica.

Dice, por ejemplo, tratando de arqueología: en las mocedades de D. Manuel Payno (hablando del hombre preadamita); á la Corte de Justicia le llama el yacimiento de Saldaña; de los hombres como Guillermo Prieto, como Ignacio Ramirez y como Ramon I. Alcaraz, dice que son de la capa geológica de Guillermo Valle; á los soldados como Corona, como Loaeza y como Escobedo les dice formaciones plutonianas; á los productos de las aduanas marítimas les llama formaciones neptunianas; le llama la edad de piedra al tiempo en que lo eligieron diputado; á las clases pasivas del presupuesto y á las viudas pensionistas les llama fósiles; megaterios á los proyectos de códigos, iguanodontes á los presupuestos, y plesiosáuros á los usureros. Cuando dice: *antes de la creacion*, entiéndase que se refiere á los días en que aun no habia sido gobernador del Distrito, y si dijere: *despues de Cristo*, de-

berá suponerse que habla de una época posterior á su permanencia en el Ministerio de Relaciones; y cuentan por fin que es tan hábil para comprender los geroglíficos, que ha descifrado toda la historia de Xochimilco en las huellas que dejaron las viruelas en el rostro de un hijo de esa poblacion.

Chavero no necesita de museo; en los barrancos de las calles lee las Ordenanzas municipales y en las tinieblas que envuelven á la ciudad por las noches adivina la ilustracion de los Ayuntamientos.

Lo único que se ha escapado á las sábias investigaciones de nuestro amigo, es el origen que tiene la costumbre municipal de no cuidar de los paseos, y el objeto que se propone el Ayuntamiento al dejar sin agua á muchos barrios de la ciudad.

Sobre esto parece que va á escribir una obra intitulada: *Quejas de una prensa terciaria en una edad primaria, contra un Ayuntamiento arco-político*. El argumento se reduce á un proverbio antiguo que dice: «Hazte sordo y no hagas caso aunque te hablen por tu nombre.»

¡Oh poder de la ciencia arqueológica! ¡y cómo descubre, desenvuelve, desentraña y desenmaraña los más ocultos é intrincados misterios de las edades pasadas, con sólo el feliz descubrimiento de un boton, un limpiadientes ó una navaja de afeitar!

Encuéntrense ustedes, lectores, una de esas piedras,

que tan comunmente se hallan al hacer una excavacion en México, un trozo de roca en donde toscamente se miran grabadas ó en relieves horribles é informes figuras, mándela usdes lavar y preséntensela á Chavero.

Alfredo arrugará los ojos, dará un buen sorbo de rapé, pondrá luego ambas manos atrás, y sacando todo lo más que pueda el abdómen, os espetará una bonita disertacion: « el pasaje que representa la piedra es muy conocido; « figura un episodio de la gran guerra entre los *atepocates*, « pueblos belicosos del Sur del Anáhuac, y los *escuincles* sus « rivales, y en la que definitivamente fueron vencidos los « últimos. El personaje que está en pié es *Chilpocle XI*, de « la dinastía de los *Chacualoles*, que por muerte de su padre « *Chichicuiloté III* heredó el trono estando en la infancia, « y durante su menor edad fué regente su madre, la fa- « mosa reina *Apipisca II*, la Semíramis de Tepechichilco. « El personaje que está de rodillas es *Chayote V*, infortu- « nado monarca de los vencidos, que debió la pérdida de « su imperio á la traicion de su consejero *Cbincual* que es el « que está detrás de él. Los dos sugetos que están cerca « del vencedor, son su hijo, que fué despues el célebre « conquistador *Cacahuaté II*, y su consejero el ilustre his- « toriador y filósofo *Guajilote*, por sobrenombre llamado « *Cbicuase*, con motivo de tener seis dedos en la mano « izquierda, y que fué quien escribió la crónica de la su- « blevacion y destruccion de la tribu de los *mestlapiques*. « Esos signos estrellas de dos picos que se ven en la

« parte superior, son las armas del fundador de la dinas- « tia, *Chahuistle el Grande*, y esta piedra está labrada en « el siglo de oro de las artes, de los *atepocates*, cuando « figuraron entre sus escultores el insigne *Ajolote*, entre « sus pintores el famosísimo *Tlecuil* y entre sus archi- « tectos el célebre *Huautosntle*.»

Sin ofender, por de contado, á Chaverito, ni á ningun otro de los arqueólogos pasados, presentes ó futuros, digo que sobran quienes crean todas estas explicaciones, sin duda porque de tan buena fe se dicen como se escuchan, y siempre será verdad aquello del poeta latino que dijo:

« *Si vis me fuere dolendum est tibi primum.*»

¡Qué tragaderas tiene la humanidad! eso de « comulgar con ruedas de molino, » que canta el refran, se hace diariamente en todas partes del mundo. La interpretacion de la escritura *ideográfica*, más que en la *representacion directa*, en el *simbolismo*, es cuestion grave, y sin embargo, hasta en la caprichosa figura del *tatuage* con que los Maoris de la Nueva-Zelanda se cubren el rostro y la mayor parte del cuerpo, el sabio aleman Wuttke encuentra un verdadero libro, quizá con su respectiva foliatura.

Y con qué tupé (como diria un español) nos traduce Maspero un gran trozo de las instrucciones que el rey de Egipto de la duodécima dinastía, Amon-em-ha t I, daba á su hijo y sucesor Ousor-te-sen I, ó parte

de una descripción de los artesanos escrita en ese mismo tiempo. La seguridad me admira con que desde Champolion, ¿qué digo? desde Horodoto, Diódoro de Sicilia y Manéthon sacerdote en la ciudad de Theb-noutzi en el Delta del Nilo, hasta Maspero, Mariette y Lenorman, hablan de las treinta y una dinastías egipcias que comienzan en tiempos, así no muy remotos, cinco mil cuatro años ántes de la era cristiana, y nos dicen con la mayor sangre fria que el primer rey, Mena, ó Menes, como le decían los griegos, arregló el curso del Nilo, como si nos contaran de cómo se formó un boulevard en Paris en tiempo de Napoleon III.

Pero en esto no hay más que creer, y creer so pena de echarse encima á todos los sabios, literatos, aficionados, ilustrados, etc., etc., que forman en el mundo una muy respetable agrupacion.

Y como yo no quiero la enemistad de nadie, creo y confieso de la misma manera en Rama y Cita deValmyki, que en Papi II, llamado por Manéthon, Nofer-ka-Rá, de la undécima dinastía egipcia, que reinó cien años (envidia de reyes y gobernantes), que en el cacique *Chochocol III*, y su mujer *Zempasuchil II* de que nos hablaría el Lic. Sanches Solís, si ocasion para ello le diéramos, ó en el rey *Abuautli* y en la princesa *Tlatlaoyo*, cuya historia nos referirá Chaverito el día ménos pensado, ó nos hará tomar en forma de drama.

Ultimamente hizo representar Chavero una comedia

suya intitulada « Los amores de Alarcon. » Con toda imparcialidad digo que la pieza me parece buena, quizá la mejor de las que el autor ha escrito: los caracteres y las costumbres de la época están bien estudiados y comprendidos, el lenguaje es castizo y corresponde perfectamente á la fecha en que se supone la escena. No agradó, ¡injusticia! Fué esto á mi juicio porque el público no estaba á la altura de la pieza, ó quizá porque en el mejor paño cae la mancha. Alfredo á pesar de todo no se desconcierta: bien hecho.



CAPILLA ALFONSIÑA

M. A. S. P.